

El pan de Vida, compartido y servido... Él mismo

Texto: Juan 6:35-51 (08.08.2021)

Creo que todos podemos recordarnos del aroma tan agradable cuando en casa se hace pan. Ese aroma que invade toda la casa, y casi siempre se espera a que salga el pan, para tomar un poco y comer pan caliente. Es que, el pan hecho en casa tiene un sabor tan especial, porque es hecho con amor y se comparte con amor.

El domingo pasado nos llevaron dos trenzas hechas en casa, tenían un sabor tan especial, tenía un ingrediente único, amor.

Todas las personas que hacen pan, ponen mucho de su parte para que este pan sea realmente excelente. Cada vez que se hace pan o pastel, la persona que lo realiza, pone amor, se entrega a la tarea, se da a sí mismo.

Lo mismo ocurre con Jesús. Cuando Jesús nos da el pan de vida, se da a sí mismo.

I.

«Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás.» (v 35).

Jesús, y sólo Jesús, es la fuente de la vida verdadera y genuina: *«Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.» (v 51).*

Esto es hablar de la "cruz". Jesús dio nada menos que su vida, en una cruz, por la vida del mundo. Y esto es hablar de "fe". Comer el pan de la vida" es un acto de fe. Es creer en Jesús. *«Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final» (v 40).*

Cuando Jesús iba a resucitar a Lázaro, dijo a sus hermanas, Marta y María *«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» (Jn 11:25-26).*

El pan hecho en casa es mucho mejor que el comprado en la tienda. La vida con "el pan de vida" es mucho mejor que la vida sin Jesús. No es sólo una cuestión de cantidad. No es sólo que sea eterno. También es una cuestión de calidad. No es sólo más de "lo mismo de siempre" que podemos estar experimentando o pasando ahora.

No es sólo más de lo que está corrompido por el pecado. No es sólo más de lo que está roto y desgarrado. No es sólo más muerte y lo que está amenazado por la muerte. Es nuevo; es diferente. Jesús se ha puesto en ello. Él nos ama. ¡Dios nos ama! ¡Dios nos perdona! ¡Dios nos tiene!

La vida con Jesús es mucho más que la vida que está aquí hoy y se va mañana. La vida con Jesús es mucho más que lo que podemos tocar y saborear. Mucho más que lo que tenemos. Mucho más que lo que nos hace sentir bien o mal. Mucho más que la realización de nuestras esperanzas y sueños, o no.

La gente de nuestro texto a la que Jesús se dirigía todavía tenía en la boca el sabor de los panes de cebada y los peces con los que Jesús les había alimentado milagrosamente. Recordaban el maná con el que Dios alimentó a sus antepasados en el desierto. Lo que no recordaban era que sus antepasados comieron el maná y murieron.

La vida es mucho más que pan, mantequilla, y miel. La vida es más que nuestras experiencias en este mundo.

Dios provee nuestras necesidades físicas y materiales. Jesús nos enseñó a rezar: "Danos hoy nuestro pan de cada día". Y Martín Lutero nos recuerda en su explicación del Padre Nuestro que el "pan de cada día" es todo lo que necesitamos para esta vida.

Pero Jesús vino para mucho más. Vino como la fuente de la vida eterna, la vida con Dios perdonada y para siempre. Jesús alimentó a la multitud con pan como Dios alimentó a su pueblo Israel en el desierto con el maná. Jesús hizo esto como una señal, para hacer un punto; el mismo punto que Dios

hizo para su pueblo del Antiguo Testamento en el desierto: como leemos en Deut. 8.3; *“Te afligió, te hizo pasar hambre y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”*

II.

Jesús es esa Palabra. Él es *«el pan vivo que descendió del cielo»* (Jn 6,51). El salmo de hoy nos invita a "gustar y ver que el Señor es bueno". (Sal 34:8).

En Jesús, podemos conocer y experimentar a Dios.

Plenitud de vida. Una cercanía e intimidad con Dios que de otro modo sería imposible. Nuestro quebranto, el pecado, la culpa y la vergüenza corrompen nuestra relación con Dios. La muerte la rompe para siempre. Jesús fue a la cruz por nosotros.

Sufrió y murió por nosotros. Resucitó de entre los muertos. Él vive. Él perdona. Él restaura nuestra relación con Dios. Ahora y siempre.

«ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final.» (v 39). La voluntad de Dios es que no se pierda nada, y Jesús para eso vino.

"¡Que no pierda yo nada!" Hablando de sí mismo como Buen Pastor, Jesús dijo: *«Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.»* (Jn 10:27-28).

No podríamos estar más seguros que eso. Y, sin embargo, los judíos *«murmuraban de él»*(Jn 6:41).

Su "murmurar" recuerda el "murmuro" constante, de cuello duro y sin fe del pueblo de Israel contra Dios en el desierto. Y recuerda la actitud de la gente de la ciudad natal de Jesús en la sinagoga de Nazaret cuando lo rechazaron.

¿Murmuramos nosotros?

Murmurar es esencialmente negarse a creer en Jesús -queriendo algo diferente de lo que él da o, peor, alguien diferente de lo que él es- y, por tanto, perdiendo la vida que él da.

Prueben y vean que el Señor es bueno.

Jesús es el pan de vida. Él nos alimenta en la Palabra. Cuando somos afirmados, perdonados en las Palabras de la Absolución, Jesús quita todo lo que se opone a nosotros, todo lo que se interpone entre nosotros y Dios, todo lo que nos separa de Dios. Jesús nos alimenta en el Sacramento. Cuando nos reunimos en torno a su Mesa, recibimos nada menos que a Él mismo.

En el pan de su Cena, recibimos nada menos que su cuerpo entregado por nosotros. En el vino, recibimos nada menos que su sangre derramada por nosotros, para el perdón de los pecados.

Pablo nos recuerda esta vida en su Carta a los Efesios. Dice:

«⁴ Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ⁵ aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). ⁶ Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef 2:4-6).

Recordando nuestro bautismo, dice:

«despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos» y «renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» ... y «Sed, ... imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.»(Ef 4:22-24; 5:1-2).

"Una ofrenda fragante y un sacrificio a Dios". No muy diferente al pan fragante y casero, preparado y horneado con amor, servido y compartido con amor, con mucho de la propia panadera puesto en él. Jesús es el "pan de vida". Nos alimenta, nos nutre y nos sostiene en la vida eterna... dándose a sí mismo por la vida que hay en él. En el nombre de Jesús.

Amén.